



Alonso Zamora Vicente

Alucinación

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Alucinación

Debía de ser en las tardes invernizas, de lluvia o de nieve, cuando no se puede salir de paseo. Los chicos teníamos envernera, estábamos alborotados y guerreros por el encierro, y eran entonces una y otra vez los inútiles regaños, los pescozones, el vano contentar con pasajeros caprichos. Los libros raros, los disfraces inesperados, el tren hecho con las sillas del recibimiento, pasillo adelante, todo se gastaba y consumía entre gritos obstinados. Era, ya cercana la noche, el momento en que salían el Coco o Camuñas, para imponer silencio con su fiero prestigio. Primero eran unos golpes, como de nudillos, en puertas y paredes, un vago resonar de quejidos, de sillas empujadas con fuerza. Rugidos, gritos extraños. Nos acogemos todos contra Dorotea, al otro lado de la camilla, contra el balcón, y miramos desorbitados [74] la prueba, oímos los golpes cada vez más cercanos, esperando la aparición horrorosa, y, la carne de gallina, prometemos callar, obedecer, lo que haga falta. Los terrores se aumentan cuando la puerta se entreabre, quién será, dile que se vaya, y el ruido se acerca, ya se ve un trozo de brazo envuelto en una ropa blanca, que se vaya, viene por nosotros, que se vaya, y sale más, y más, que se vaya, otro paso y se queda en la puerta el fantasma de blanco, rugiente, será una sábana, algo que suena tremendo debajo, y que se vaya, que se vaya, grito pertinaz detrás de las lágrimas y nervios, ciegos ya, insensibles, rígidos de miedo, caudalosamente llorando y sin consuelo.

Venían después unos ratos de sosiego sobresaltado, esperando que llegue alguien. Se oyen bien los susurros de la escalera, del patio. Imposible moverse del rincón de la camilla, increíble la existencia de otros cuartos, la loca posibilidad de cruzar un pasillo a oscuras y cantando. No, ni cenar siquiera, hipo bullente, ojos irritados, y el recelo a cada instante, un frío a la espalda, un mirad si está todavía que se estrella una y otra vez contra el reír de Elisa, y su ¡claro que está!, para que escarmientes, y a dormir.

Y ya viene la gran mentira del sueño, de la cama punzante. Se van apagando todas las luces, los ojos por instantes más abiertos, disimulando. El tic-tac del reloj del comedor la sola compañía, cuándo dará las horas, cuándo otra más, no puedo [75] [76] estirar las piernas sobre las sábanas heladas, estoy sudando, qué pasa por ahí, y quién, la puerta, la puerta, está ahí, se va acercando. Oigo el andar de ese fantasma blanco, una angustia que viene del estómago, sube, sube, aprieta la garganta, revienta en los oídos. Silencio. Está ahí, pero no, son los barrotes de la cama, una cortina, quizá mi misma ropa, y se mueve y se adelanta, extiende una mano hacia mí, no, no, dejadme, que se vaya, y el anhelo del día, el reloj, no oigo el reloj, se habrá parado, y vuelve, no, no se va, está dando vueltas allí, ahora estará debajo del armario, oigo el crujir de la madera, prometo todo, el visillo de la ventana se ha movido, y yo prometo todo y no viene nadie, no sé si la luz está encendida o apagada, hay un bullente calofrío en mi piel, pateo, lloriqueo, inútil el diálogo, él está ahí, le adivino la cabeza bajo el manto blanco, y un ruido, no, no me digas que es la cama que suena, no, es su voz, su ruido, ese barullo fuerte, de motor, de tos, de algo que no sé. Él. ¿Qué hacéis ahí vosotros? Es de noche, nunca venís a mi cuarto de noche. Cuando os vayáis ahora

volverá, sé yo que está escondido por ahí, ¿es que no lo veis?, yo sí, yo lo veo, miradlo ahí. Ahora no va con eso blanco de antes, sino que se parece a don Juan el médico, con su barba y todo, si me está hablando, y además... Intervalos de silencio, fatiga, piernas rígidas, ojos cerrados que ven, y otra vez el sobresalto, el ruido que se acerca, y un llanto caliente profundo que acaba por dormir. [77]

[75]

Mi padre me animó a vencer los terrores. Era muy sencillo. Según él, todos los fantasmas eran cobardes: bastaba que yo no huyese, que les hiciese algo de cara, golpéale con algo si es menester, y sobre todo, fuerte, da fuerte. Si ves que lleva las manos extendidas, dale en ellas con algo, quizá no resulte tan fantasma. Así me fui dando cuenta de que a veces Camuñas surgía sin aviso, sin que hubiese habido antes el estado forzoso de amenaza o de escándalo, cuando no habíamos sido todavía malos. Media tarde, campanas de San Andrés y de San Francisco que llaman a algo, el chirriar del tranvía que se entra poderoso por la casa, y ya está aquí la zozobra, la carne de gallina, el rugido en el pasillo, las sillas golpeadas, nuestras carreras al rincón de la camilla y el balcón, y el sigiloso abrirse de la puerta, no poder huir ya más, la angustia en la garganta, en los oídos, ya viene otra vez, y un irse y volver porque no lloramos (a los nudillos, a la mano, da fuerte, no tengas miedo, quizá no sea tan fantasma, el caso es que no huyas), y otra vez el ruido junto al recibimiento. Nos acercamos a la puerta, cobardemente valerosos, y cuando se entreabre se le ve cubierto con su túnica de siempre, blanca, la cabeza se adivina, las manos tendidas hacia adelante. Ya se le ha visto de cerca, ya se le tiene menos miedo. Es entonces cuando pretende entrar y Paco tira de la puerta muy fuerte y de prisa, un revuelo de trapos y medias risas, lamentos, y hay una mano agarrada por la puerta y yo [78] la golpeo frenético con una regla (dale fuerte en las manos, quizá no sea lo que te piensas), el fantasma que habla, grita, dice cosas que nadie quiere entender, acaba por llorar, se parece a Elisa, y cuando se abre la puerta del todo allí está Elisa despeinada, gimoteando, acariciándose los cardenales de la mano y la horrible huella del brazo oprimido por la puerta casi sangrando, la sábana en que se envolvía pisoteada, y nuestro miedo hecho claridad repentina y deslumbrante, Elisa llorando y la carraca que llevaba en la otra mano, eso era lo que hacía ruido, rota de los ciegos esfuerzos por soltarse, y más lloros y quién lo diría, tanto miedo por esta boba, y -¿aun? ¿antes? ¿luego? ¿ya enferma?- mi madre sonriendo, y qué chicos éstos, Dios mío, y te está bien empleado, y la alegría total, definitiva, de la cama caliente y la noche silenciosa, el inmenso gozo de sentirse contento y atrevido, el corazón tranquilo ya, ordenadamente y palpitando.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).